

vista de unos prodigios, que exceden las fuerzas de la naturaleza. Examinad sino conmigo las gracias, que Dios hizo por él, y las que á él le havia hecho. Considerad quanto ha bajado, mirando donde ha subido, y juzgad de la profundidad de su humildad por el grado de honor, á que Dios le ha elevado.

De aquí adelante ya no tengo que hacer sino recorrer todo este vasto Universo, y descubriros de una vez toda la faz de la naturaleza. Parecia, que Dios le havia hecho Señor, y dueño de ella. Porque: ¿Hay necesidad de confirmar la verdad? ¿Es necesario instruir, socorrer, ó ayudar al proximo? Pues todo cede á su fé: Su caridad no tiene limites: Los elementos, para obedecerle, rompen sus leyes, y pierden sus mas naturales qualidades: Los astros detienen su curso, y contienen sus malignas influencias: Los vientos reprimen su fuerza fatal, y se apaciguan: El Mar quebranta sus espumosas olas, y se calma: La tierra esfuerza las estaciones, y llega á ser fertil en todo tiempo: Salen fuentes de agua viva de las venas de un duro peñasco á la voz de este Moysés: El fuego aparta sus llamas, y las amortigua, quando este Angel del Señor se acerca á un horno: El Cielo se abre, ó se cierra, detiene, ó embia sus lluvias, segun lo pide este Elias: Las montañas se estremecen, y aquellas masas, ó moles sin arrimo, y sin apoyo quedan suspensas en el ayre, en virtud de la fé de este Taumaturgo: Las criaturas mas insensibles se detienen, ó se mueven al arbitrio de un hombre mortal, y toda la naturaleza pasmada, atenta, y obediente reconoce en él el poder de su Criador, y respeta su santidad, y su inocencia.

No creais, Señores, que me abandono á mi propia imaginacion, ni tomo por fundamento de este discurso una tradicion superficial, queriendo tener suspensos vuestros animos con la magnifica relacion de estos admirables sucesos; hablo sobre testimonios ciertos, sobre la fé de la misma Iglesia, y quiero merecer vuestra

aten-

atencion, mas por la verdad, que por la grandeza de lo que digo; Dios es el dueño de sus favores, y de sus gracias. ¿Y por qué no hemos de creer, que haya hecho servir una parte de sus criaturas para gloria de aquel, que no se servia de ellas, sino para ocultarse, para confundirse, y para anonadarse delante del Dios que las ha criado?

Pero aun sería poco haver tenido este imperio sobre los elementos, si no lo huviera exercitado tambien sobre los mismos hombres, por aquella gracia de curar las enfermedades, que le hacia el objeto de la veneracion, y del amor de los Pueblos: Porque hay dos suertes de milagros, (segun lo observa San Cyrilo Alexandrino) los del poder, y los de la caridad. Los primeros ordinariamente se hacen para mover, ó para convencer el espiritu de quien los vé; y así, por lo comun, no producen sino la admiracion, y el temor; mas los segundos, como sean obrados para el alivio, y para el socorro de los miserables, mueven el corazon, y añaden al pasmo, y á la admiracion, el amor, y el reconocimiento. Aquellos asustan, y alejan las gentes, (digamoslo así) estos consuelan, y atraen. Muestra Jesu-Christo su poder por aquella milagrosa pesca, que su Evangelio nos representa: Y el mas alentado de sus Apostoles exclama de esta manera: (a) *Salid, señores, de junto á mí, y no habiteis con un pecador como yo.* Echa los demonios de los cuerpos, y todo un Pueblo aturdido de semejante poder, que podia protegerlos, pero que tambien los podia perder, le suplica, (c) *que se retire de su comarca.* Propone el mayor de todos sus milagros, á saber, el San-

ti-

(a) Luc. 5. v. 8.

(b) *Rogabant ut transiret á finibus eorum.* Matth. 8. v. 34.

tísimo Sacramento de su cuerpo, y de su sangre: *Y sus Discipulos se quedan sorprendidos, y le abandonan;* pero sana á los leprosos, á los ciegos, y á los paralíticos: *(a) Y una gran multitud de Pueblo le sigue, viendo los milagros, que hacia con los enfermos;* para enseñarnos (añade este Santo Padre) que la verdadera gloria entre los hombres consiste en ser poderosos, y en ser utiles; y que no pueden dejar de ser honrados, quando obligan por el interés, y por el favor, y quando despues de haverse hecho considerables por su virtud, saben hacerse agradables por sus beneficios.

Tal fue este santo hombre en el curso de su vida mortal. Viósele en su desierto servir como de refugio comun á todos los desgraciados, reparar en los unos los accidentes de la fortuna, y en los otros las enfermedades de la naturaleza: Viósele atravesar toda la Sicilia, dejando por todas partes vestigios de una caridad benefica: Allí hace revivir á un Niño moribundo, y lo restituye á los votos de una llorosa Madre. Aquí buelve á dar vigor á los cuerpos languidos, y consumidos con calenturas continuas, é inveteradas: Allí cura llagas, en que habiendose apurado todo el arte, no se havia podido conocer, sino que eran incurables: Aquí hace bolver á cerrar los sepulcros, y dar la vida á los que iban á ser colocados en ellos. Todo, en fin, cede á la eficacia de su voz: Pero él no se detiene en la salud del cuerpo, trabaja tambien en la del alma. Destruye en los mismos sujetos, así las enfermedades, que los afligen, como los vicios, que los corrompen. A todas partes donde llega su caridad, inspira la penitencia, y cura por medio de sus saludables instrucciones la avaricia, la am-

(a) *Sequobatur eum multitudo magna, quia videbant signa, quae faciebat super his, qui infirmabantur.*
Joan. 6. v. 2.

ambicion, la ira, y la ceguedad, enfermedades tan universales, y tan peligrosas, como todas las corporales. Que no pueda yo representaros aqui á este hombre sencillo, y sin estudio alguno con sola la autoridad, que le daba su virtud, y solo con la eloquencia, que el Espiritu Santo le inspiraba, mudando enteramente con sus discursos eficaces, y persuasivos, las costumbres de toda una Provincia, á quien el desorden de los Principes, y la licencia de las guerras pasadas havian pervertido! Que no pueda yo hacerose ver en medio de los mas célebres Doctores, explicando los mysterios mas profundos de la Theología, y mostrando, quan superiores son las luces, y conocimientos, que se sacan de una humilde, y fervorosa oracion, á las que se adquieren por el trabajo, y por la fuerza del ingenio! Que no pueda yo representarosle, exponiendo á sus discipulos los sentimientos de su espíritu, y de su corazon, segun las reglas de su Instituto, y confirmando con su exemplo lo que en otro tiempo decia un padre de la Iglesia: Que no toca hablar dignamente de las maximas Evangelicas, sino á aquellos, que las aman, y las practican! Pero no nos detengamos en estos talentos, aunque gloriosos, que havia recibido para la instruccion, y para el alivio de los Pueblos; pasemos á aquellos illustres pasages de su vida, en que elevandole la Divina Providencia sobre todas las grandezas de la tierra, pareció constituirle protector, y no sé si me atreva á decir, el arbitro de la salud de los Reyes, y de los Reynos. Y si no, traed á la memoria el peligro, que en su tiempo corrió la Italia de caer en las manos del Impio Mahomet, y de sus tropas Infieles. (a) Este Principe, que á un gran poder juntaba una desmesurada ambicion, y que por sus vicios, y por sus virtudes se havia hecho el

(a) Mahomet 2.

terror de la tierra, despues de haver conquistado el Imperio de los Griegos, se propuso acabar con el de los Romanos; y creyò, que para destruir la Religion de Jesu-Christo era preciso ir á sofocarla hasta en su origen. Por grande, que fuese la empresa, le pareció infalible, si la podia hacer en secreto. Y así, ocultando su designio con la fé de los tratados, y con apariencias de paz, amenazando á sus vecinos, para que descuidasen los mas distantes, no dudaba de la conquista de la Italia, si pudiese apoderarse de alguna Plaza en la Sicilia. Pero ¡qué adorables son los juicios de Dios! ¡y como sabe muy bien, quando le place confundir por raros, y debiles medios el orgullo, y la falsa prudencia de los hombres!

Francisco, aquel hombre oculto en los Montes, y entre los peñascos, sin alguna experiencia en los negocios, atento à sí mismo, y sin saber, lo que pasaba al rededor de él; penetra el secreto de este barbaro politico, y descubre en su Desierto lo que se proyecta en el Asia. *Gracias os doy, Padre mio, porque haveis ocultado estas cosas à los Sabios, y à los prudentes, y las haveis revelado à los Parvulos,* (a) decia en otro tiempo Jesu-Christo. Lo mismo podiamos nosotros decir ahora en favor de nuestro Santo, inflamado del zelo de la Religion, y del amor de la patria. El interrumpe el curso de su contemplacion, exorta á los Principes á la defensa, à los Obispos á la Oracion, y á los Pueblos à la penitencia; y él mismo redobla en sí sus austeridades para aplacar la ira del Cielo. Pero, ó fuese, que Dios havia cegado estos Principes, y sus consejos, para hacer ver que él es el Señor de los sucesos; ó bien, que quisiese castigar

los

(a) *Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti hæc à sapientibus, & prudentibus, & revelasti ea parvulis.*
Matth. 11. v. 25.

los pecados de los Pueblos, y atraerlos á sí, dejándolos llegar primero hasta hallar casi con su ruina; ó ya que tuviese animo de ensalzar la gloria de su Siervo, aun por la misma poca fé, que se daría á sus palabras, el Señor permitió, que sus avisos, y sus profecias se tuviesen por visiones de un Ermitaño contemplativo, ó por importunas amonestaciones de un hombre extravagante; hasta que el suceso huviese justificado la verdad de la profecia, y la repentina invasion de los Turcos, comenzando por la toma de una de las mayores Plazas de la Sicilia, huviese arrojado en todo el Mundo christiano el terror, y el espanto.

¡Oh! y qual fue entonces el espectáculo de aquella desventurada Provincia! Aquellos, que debian derramar su sangre por los Altares, y por la Patria, pensaban en la huida, y no en la defensa. Los Sacerdotes se preparaban para ser sacrificados á Jesu-Christo, y para servirle de victimas, acaso al ir à ofrecer su sacrificio. Los Pueblos, desesperando libertarse, ó del filo de la espada, ó de las cadenas de los Infieles, no aguardaban mas, que la muerte, ò la servidumbre. Creíase ya ver los Templos mudados en Mezquitas, enarbolada la media Luna, en donde la Cruz de Jesu-Christo era adorada, y la Capital del Christianismo iba á serlo de la grandeza, y del poder de los Infieles. En vano imploraba el Papa el socorro de los Reyes, y de los Principes de la Europa. El Tyrano entretanto, para aprovecharse de sus ventajas, cubria la Mar de velas, hacia marchar sus veteranas Tropas, endurecidas bajo del hierro, y del azero, y acostumbres á la carnizería, y se disponia á venir en persona à su frente à extinguir la Iglesia, y el Imperio todo de una vez, y añadir à la muerte de tantos Reyes la del Soberano Pontifice de Jesu-Christo.

Tu llegarás allà, sobervia, y formidable Potencia, pero allí quebrarás, como el Mar, tus orgullosas

ras olas (a) contra un atomo, y un grano de arena. No será, ni el numero de nuestros Soldados, ni la prudencia de nuestros Capitanes, ni los esfuerzos, ni los consejos de los Principes confederados, quienes transtornarán tus designios; será sí la oracion de un pobre Hermitaño. En efecto, encierrase este por ocho días enteros en su Celdilla, para orar en secreto al Padre Celestial: Sale de ella como otro Moysès, para anunciar á Israèl la muerte de Pharaon, y la redencion de su Pueblo. Esfuerza el valor de los Soldados, à quienes el temor havia esparrado con la desesperacion de los negocios publicos, y dando al General, que los mandaba, unos Cirios benditos por prenda segura de la derrota de los enemigos, alcanza la mas bella, y la mas importante victoria, que los Christianos jamás havian alcanzado sobre los Infieles.

¡O quanta verdad es lo que la Escritura nos enseña, que la oracion de un hombre justo es poderosa para alcanzar las misericordias de Dios! Pero con todo, no se hace en ello reflexion. ¿Quantas guerras hay gloriosamente sostenidas; quantas paces felizmente terminadas, cuyo buen exito se atribuye, ó á la fuerza, ó à la prudencia de la carne; pero cuyo honor, acaso solamente es debido á la oracion de un Solitario, que levantaba los ojos, y las manos al Cielo, mientras Israèl combatia en las campañas? ¿Quantas saludes hay preciosas al universo, que se creen conservadas por el vigor del temperamento, ó restablecidas por el socorro del arte, ó de la naturaleza; y son el fruto de las oraciones, y de las lagrimas de un hombre bueno, que ora en secreto al Padre Celestial? ¡Ah! Señores, quando se vé la inundacion de

(a) *Usque huc venies, & hic confringes tumens fluctus tuos. Job 38. v. 11.*

pasiones, y de pecados, que reynan oy dia en el Christianismo, tanta corrupcion en las costumbres, tanta relaxacion en la disciplina, tanta iniquidad en los juicios, tantas infidelidades en los Matrimonios, tantas profanaciones en las Iglesias, tanta hypocresía en el uso de los Sacramentos; quan facil es inferir, que entre este tropel de pecadores, que provocan las iras del Cielo, habrá tambien algunos justos ocultos, que la detengan! Tienese alguna dificultad, y trabajo en reconocer en semejantes ocasiones el dedo de Dios, y antes se quieren atribuir, estas prosperidades publicas, ó particulares à una impotente sabiduria, de que se glorían los hombres, ó á no sé que fortuna, de que su vanidad se forma un idolo, que al poder de aquel, que lo vé todo, que lo regla todo à favor de los que le aman, y le sirven. De este modo tuvo nuestro Francisco la gloria de ser el Libertador, y el Angel visible de la Italia.

Pero si tuvo la dicha de proteger los estados Christianos, tambien tuvo el valor de anunciar las verdades à los Reyes, que los gobernaban. Aquí es, Señores, donde mas necesito de aquella favorable atencion, con que me honrais. Una de las mayores maravillas (dice San Bernardo) que Dios obra en sus Santos, es hacerlos à un mismo tiempo humildes, y magnanimos; pero con una humildad sin vileza, y una magnanimidad sin orgullo: Humildad noble, que les hace confiar tanto mas en el poder de Dios en las cosas mas arduas, quanto menos presumen de sus propias fuerzas; magnanimidad modesta, que les inspira tanto mayor temor, y reconocimiento para con Dios, quanto mayor gracia han recibido. Asi se forma en su corazon aquel justo temperamento de prudencia, y de valor; respetan á los hombres: pero no pueden respetar sus errores; su animo no es ofender á los Grandes del Mundo: pero temen ofender su conciencia, disimulandoles, ó disfrazandoles sus pecados. Se humillan siempre: pero no humillan jamás la Justicia; el

credito de la verdad es mas poderoso para ellos, que el credito de la costumbre; y resueltos à separarse del siglo por una santa singularidad, antes que conformarse con él por medio de una sociedad ilícita, como ellos por sí mismos se sujetan à la Ley de Dios, quisieran tambien atraher, y reducir á todos los pecadores, que se apartan de ella, sin tener respeto, ni à su calidad, ni à su nacimiento.

Este fue el espíritu, con que Francisco de Paula entró en las Cortes de los Reyes, para anunciar en ellas la verdad, que la adulacion de sus vasallos, y sus propias pasiones, les ocultan de ordinario. Y si no ¿no se atrevió à reprehender al Rey de Napoles las miserias de los Pueblos, que gemian con el peso de los excesivos tributos que les imponia? ¿No le dixo con un zelo discreto, pero generoso, que se había enriquezido con la hacienda de otros? ¿Que no debía considerarse como Señor de sus tesoros, para disponer de ellos à su antojo, sino como dispensador, para emplearlos en la salud publica? ¿Que havia sido constituido Ministro de Dios para hacer felices à sus Pueblos, y no para hacerlos miserables, consumiéndolos en luxos, y en exceso los subsidios, sacados del trabajo, y de la sustancia de los pobres? ¿No hizo destilar sangre de una moneda, que rompió à su presencia, para convencerle por el milagro, ya que no pudiese convencerle por sus amonestaciones, y para inspirarle la compasion por medio de aquella prueba sensible de la miseria, y de la calamidad publica; y para hacerle conocer su violencia, y su inhumanidad, mostrándole sobre este insensible metal una imagen convincente de la llaga, que hacia en el corazon de los Pueblos? ¿Pero, y qual fue su firmeza, quando despues de haver probado à enseñar à vivir à un Rey de Napoles, vino à enseñar à morir bien à un Rey de Francia?

Ya sabeis, Señores, que hablo de Luis undécimo. Este Principe, impenetrable en sus designios, implacable

ble en sus iras; siempre sospechoso, temeroso siempre; acostumbrao à armar lazos, y à temerlos para sí tambien; hecho odioso à los otros, y aun à sí mismo, llevaba amargamente en un triste retiro las miserables reliquias de una vida empleada en turbar à otros, y en inquietarse à sí. Pero Dios, que castiga muchas veces los pecadores con sus propios pecados, le entregó en manos de sus melancolias, y de sus sospechas; y haciendo de sus pasiones mismas la materia de sus suplicios, permitió, que fuese atormentado por sus propias desconfianzas, y que despues de haverse hecho temible al mundo, temiese él à todo el Mundo tambien. Tenia la muerte sin cesar delante de sus ojos, no para prepararse, sino para defenderse de ella. Por habil, que fuese en el arte de fingir, no pudo disimular esta flaqueza: Y asi, movido mas del deseo de conservar su autoridad, que de la aprehension de perder su alma, emprendiendo peregrinaciones, mas por timidez, que por penitencia, buscando como libertarse de sus temores, y como calmar su inquieta conciencia, por medio de devociones superficiodas, y haciéndose como una especie de muralla contra la muerte de las imagenes, y de las reliquias de aquellos mismos Santos, que tan sabiamente la estuvieron aguardando, ó tan generosamente la han padecido, buscaba en vano todos los socorros imaginables; y no pudiendo prometerse nada, ni del arte, ni de la naturaleza, se lisongeaba, en fin, con la esperanza de una cura milagrosa.

¡O muerte! quan amarga es tu memoria para los que viven en la abundancia, y en las grandezas de este mundo! (a) Entonces fue quando este Principe, despues

(a) O mors, quam amara est memoria tua homini in pacem habenti in substantiis suis. Eccli. 41. v. 1.

pues de haver invocado todos los Santos del Cielo, recurrió á los de la tierra; y dando todo quanto tenia por su vida, como habla la Escritura, embió Embajadores hasta lo interior de las Montañas de Calabria, para obligar á Francisco, á que viniese á hacer un milagro en favor suyo, y á prolongarle su vida. Un hombre menos sólido, y constante hubiera creído, que era necesario apresurarse á recibir un honor, que se hacia á su reputacion, y á su virtud: Huviera considerado á la Francia, como un teatro proprio, para manifestar la gloria de Dios, y por accidente la suya propria: Huviera inclinado al Rey á la justicia, y á la piedad, pero tambien hubiera procurado ganar sus voluntades, y sus gracias; se hubiera valido de aquella ocasion, para acreditar su nuevo Instituto, y atraer la proteccion, y las liberalidades del Principe, dandole esperanza de una larga vida; y haciendo los negocios de Dios, y de su Religion, no hubiera descuidado de hacer el suyo proprio.

Hay ciertos intereses delicados, y ciertas ambiciones espirituales, que los devotos imperfectos saben muy bien acomodar con la virtud. Sus intenciones no siempre son tan puras, que no éntre en ellas un poco de razon de estado, y de consideracion humana; y en aquello, que parece, que hacen por Dios solo, no dejan de dar alguna satisfaccion á su amor proprio: Pero Francisco no se mueve por ninguno de estos motivos. Ni las fatigas de una larga penitencia, ni el deseo de estender su Orden, todavia en sus niñezes, ni el placer de verse buscado por el mayor Rey de la tierra; ni la gloria de ir á anunciar á los Grandes del Mundo las verdades que el Mundo no les enseña, ni la esperanza de tener un gran Rey por admirador de su virtud; nada le deslumbra, nada le admira: No sale él sin mision: Es preciso, que el Soberano Pontifice se lo mande, y que defienda todas sus virtudes por medio de la obediencia.

Pero, ¿y conservará en esta ocasion una tan santa indiferencia? ¿Quando vea la primer cabeza del Mundo, humillarse delante de sí, no será enternecido? ¿No aprenderá en la Corte á lo menos un poco de complacencia? ¿Havrá venido de tan lejos para desconsolar á un Rey, que confia de su poder, y de su virtud? ¿Y si no puede curarle por un milagro, á lo menos no procurará consolarle con alguna esperanza? Esparcense al rededor de los tronos ciertos terrores, que impiden el hablar á los Reyes con libertad. El respeto, que imprime su Magestad, cierra la boca á los que se le acercan; y la delicadeza, que muestran en tantas ocasiones, es una barrera invencible, que ponen entre ellos, y la verdad. Como los que los rodean no se aficionan á ellos ordinariamente, sino por los intereses de fortuna, unos temen afligirlos, otros procuran complacerlos, y hasta los hombres mas de bien se quejan muchas veces, y no pueden, ó no se atreven á asistirlos. ¡O qué peligroso es, y quan difícil, que no lleguen á conocer en quanto peligro se hallan, y que no mueren, como han vivido entre el tropel de sus aduladores, sin haver pensado en su salvacion, y sin haver conocido la verdad!

Mas Francisco como amigo fiel, y como Propheta desinteresado, le anuncia su muerte, y no su salud. (a) Sin admirarse de aquella Magestad tan fiera, sin valerse de aquellos rodeos, de que comunmente se sirven los hombres, para hacer mas tolerable una funesta noticia, sin temer la colera de un Rey, cuya disimulacion havia hecho casi necesaria la adulacion de los cortesanos, y á quien la pasion, que tenia de vivir, haria tener por intratable á qualquiera, que se atreviese

(a) Quia morieris tu, & non vives. Isai. 38.

v. I. ut ob servaretur ei no scilicet, morietur se ut

á advertirle su muerte: Francisco, digo, le avisa, no solamente, que es mortal, sino tambien que se muere, y que se muere sin remedio. Imprimele por medio de sus exortaciones, y de sus palabras un temor saludable de los juicios de Dios, y un deseo eficaz de su salvacion. Hizole oír la verdad, que jamás havia oído, ni casi entendido; mas poderoso por haver aquietado las agitaciones de su alma, que si le huviera curado las enfermedades de su cuerpo, y mas dichoso, por haverle puesto en estado de recibir la misericordia de Dios, que si le huviera puesto en estado de conservar mas largo tiempo su autoridad entre los hombres.

Pluguiera al Cielo, que en esta ceguedad tan deplorable, en que vivimos al presente, tuviese cada uno de nosotros un Propheta, que le advirtiese las necesidades de su alma! que le dixese á este: Restituye esa hacienda mal adquirida, y repara tus injusticias; á aquel: Baja de ese puesto, que ocupas indignamente, y no vivas en un ministerio, en que te has ingerido, sin vocacion, y de que no eres capaz; á unos, reformad ese tren, que arruina vuestras casas; á otros, rompéd esas cadenas, que os aprisionan en la iniquidad. ¿Pero este Santo no nos habla aun con su vida, y con sus exemplos? ¿Su austeridad no condena nuestras sensualidades, y nuestras delicadezas? ¿Su humildad no nos reprehende tacitamente nuestro luxo, y nuestras vanidades? ¿Su sencillez, y su inocencia no destruye nuestras astucias, y nuestras sutilezas, para dispensarnos de la Ley de Dios? ¿Su perseverancia no averguenza nuestras desigualdades, y nuestras inconstancias?

¿Es posible, que hemos de dejar á sus hijos la entera sucesion, y herencia de sus virtudes; y mientras ellos se aplican á todas sus obligaciones, y fieles en su vocacion, exactos en las observancias de su disci-

ciplina, continuos en la Oracion, y en la Meditacion son perpetuos imitadores de su Padre, nos hemos de contentar nosotros con ser unos simples admiradores? Imitemos nosotros tambien sus virtudes, para alcanzar como él las recompensas eternas. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

